

VII

EL SEGUNDO PERONISMO (1973-1975)

Germán J. BIDART CAMPOS

Si el oficialismo peronista, erosionado en las postrimerías del régimen y abatido en 1955, daba la sensación de su necesario reemplazo, nadie pudo imaginar, entonces, que Argentina asistiría, antes de veinte años, a un fenómeno que bien puede calificarse como único en la historia política contemporánea: el resurgimiento y la revitalización del movimiento derrocado y de su jefe. En dieciocho años de ostracismo, Perón rearmó su carisma popular, con tal fuerza, que su retorno al país, en junio de 1973, movilizó una de las más impresionantes concentraciones que, por el número y la calidad de sus integrantes, registra el anecdotario argentino. Pero, lo que es más importante, capitalizó para la candidatura presidencial de Cámpora en marzo de 1973 y para la propia en septiembre, un caudal de votos que nuevamente significó su plebiscitación popular.

Perón manejaba otra vez las riendas del poder y desplegaba su arbitraje con una estrategia totalmente distinta a la de sus dos anteriores presidencias. Ahora era el pacificador, el hombre que, según su propia frase, volvía desencarnado para conciliar y para unir. La intolerancia, la agresividad, la persecución, se decían eliminadas, y en cambio se ofrecía la reconstrucción y la liberación, concertadas sobre un amplio espectro de colaboraciones. La masa recupera su vivencia de identidad con el líder y grandes sectores del país creen reencontrar la capacidad de respuesta satisfactoria al compromiso con que las circunstancias desafían al país y a su pueblo. Ya no se hablará de la chusma peronista ni del cabecita negra. Ya no se tendrá la impresión de que el peronismo aburgesado en el poder carece de idoneidad para el despegue. Se ensayarán —con marcado optimismo para toda una generación nueva— un régimen al que se supone abierto hacia la izquierda nacional o hacia el socialismo nacional. Sin embargo, y lentamente, el Perón que desde su exilio no

condenaba jamás a la guerrilla y que durante la campaña preelectoral tampoco desmintiera los *slogans* camporistas, fue volviendo a su peronismo histórico u ortodoxo, ideológicamente proclamado por la doctrina justicialista: una tercera posición, ni capitalista ni marxista, más un repudio a la violencia (ahora injustificada según el líder), un encuadramiento del poder sobre su tradicional base sindical, un alerta sobre la subversión marxista infiltrada en la Universidad (esta vez fiel al peronismo) y en las filas partidarias. El histerismo populista de la primera hora del triunfo en 1973 fue paulatinamente sustituido por las habituales concentraciones masivas. El camporismo de dos escasos meses de gobierno convirtióse, poco a poco, en una desviación y luego una traición al peronismo fiel. El gesto de la renuncia del presidente Cámpora y de su vicepresidente Lima —estimados a su hora como una declinación concertada para promover una nueva elección con la candidatura de Perón— se presentó a la opinión mucho tiempo después como una exigencia impuesta por la necesidad de frenar las líneas heterodoxas del movimiento y devolver al líder toda su capacidad de acción y conducción. Perón, erigido presidente el 12 de octubre de 1973 por tercera vez (único caso en Argentina) restauraba la acumulación tan cara al peronismo de dos jefaturas naturales: la de jefe de su movimiento y su partido, y la de presidente de la República.

Es claro que en esta ocasión el país no ocupaba la posición que en 1946 le había conferido la posguerra. No eran ya años de prosperidad económica ni de disponibilidad financiera. El arte demagógico del primer peronismo no encontraría mucho para repartir. El “descamisado” había perdido vigencia, porque también el peronismo se había desvestido de su original indumentaria únicamente obrera. Ahora era realmente policlástica. Sin embargo, el temperamental realismo de Perón le iba a proporcionar hábil capacidad de maniobra. Su tradicional enemigo convertido nada más que en su adversario —el radicalismo, que en este caso era la Unión Cívica Radical del Pueblo, liderada por Ricardo Balbín, su opositor de candidatura en la elección de 1951— desplegaría hasta casi fines de 1973 una actitud de franca cooperación en las bases comunes y concertadas, sin declinar el control y la oposición constructiva.

El lapso 1973-1975 se descompone en diversas etapas: *a)* la primera se retrotrae a la rehabilitación del peronismo durante las postrimerías del gobierno militar, que entrega el poder al presidente Cámpora el 25 de mayo de 1973, y se extiende hasta el acto comicial del 11 de marzo de ese año; es el peronismo que desde el llano y aún más, en oposición al gobierno militar, apetece y obtiene la conquista del poder en las urnas; *b)* la

segunda es la del peronismo gobernante entre el 25 de mayo de 1973 y la renuncia de Cámpora y corresponde al ciclo del camporismo; *c*) la tercera abarca desde la tercera presidencia de Perón (12 de octubre de 1973) hasta su muerte (1º de julio de 1974); *d*) la cuarta corresponde al peronismo “isabelino” de María Estela Martínez de Perón, convertida en presidenta de la República al fallecimiento de su marido.

En la etapa preelectoral, el peronismo proclama un cambio hacia la izquierda nacional en torno de los lemas de liberación y reconstrucción nacionales. La imprecisión y ambigüedad de su programa atrajeron a muchos que profetizaban y añoraban una “revolución” en paz. La etapa del camporismo dejó la huella de aquel izquierdismo, con marcados ribetes marxistas. Fue Perón, en el tercer periodo, quien hubo de retomar la línea tradicional del movimiento y comenzar la “purga” de elementos discolos o heterodoxos. Por fin, el ciclo de la presidenta Perón se ha caracterizado por la ausencia del liderazgo, el vacío y la ineficacia del poder, el continuo reacomodamiento de fuerzas, la sucesión de círculos y élites de influencia y gravitación sobre la titular oficial del poder, y la más profunda crisis moral, política y económica que ha padecido el país en muchos años.

Un régimen populista de base sindical, sin cohesión ni eficiencia, ha ensayado métodos y soluciones varios sin resultado positivo. Proscripción de movimientos tildados de subversivos y de un partido político sindicado como representante “legal” de fuerzas “ilegales”; clausura de órganos periodísticos; clima de violencia y de guerra; pujas inusitadas por el poder desmembramiento de fuerzas y alas del movimiento justicialista; lucha entre quienes pregonan la verticalidad y quienes la rechazan; inflación incontrolada y sin precedentes; postración e intranquilidad en la atmósfera civil; retaguardia vigilante de la fuerza armada; avance notorio del sindicalismo adicto, también dividido.

Las intervenciones federales a las provincias fueron paulatinamente desplazando gobiernos peronistas de la primera hora que no se compardecían con el reflujo presidencial hacia la ortodoxia; mientras tanto, otro cerco de gobernadores plegados al verticalismo formaba alianza en el cénáculo de la dirigencia. La conciliación partidaria fue destartalándose progresivamente en la medida en que los núcleos expectantes fueron invadidos por el desconcierto y el desagrado, no faltando pedidos de juicio político a la presidenta Perón por mal desempeño de sus funciones, e investigaciones judiciales y parlamentarias en torno de malversaciones y maniobras de sospechosa legitimidad. A la división en un ala gremial y otra política se sumaron las desavenencias intestinas del régimen y de su

partido, en tanto la oposición seguía disgregada en un radicalismo con visos de fiscal y controlador, en una izquierda de variada composición, en una derecha liberal, y en una masa independiente de disconformes.

Sobre fines de 1975 se dio empuje a la trajinada idea de formular un proyecto “nacional” destinado a servir de base a la reforma de la Constitución, sin que, más allá de los círculos oficiales, el propósito recibiera consenso popular. Una guerra subversiva que atrajo todos los esfuerzos de las fuerzas armadas y que acaparó las inquietudes de un pueblo asolado por el crimen y la crisis económica, sirvió para concitar el empeño casi solidario de preservar la continuidad institucional y evitar su ruptura, en medio de un ambiente que durante el año 1975 reanudaba con muy escasos intervalos la sensación de que el gobierno ya no podía sostenerse. Debilidad, inoperancia, crisis, y falta de perspectiva en orden a lo porvenir, han sido las notas tipificantes del peronismo advenido al poder en 1973, y decrecido en su capacidad de acción y de consenso a medida que el desgaste y la ineptitud de su dirigencia fueron minándole las bases de apoyo.

No obstante que en toda la exposición precedente hemos tenido oportunidad, más de una vez, de trazar paralelos entre el primer peronismo y el segundo, queremos señalar a modo de recapitulación que en ambos lapsos —aunque con caracteres e intensidad diferentes— el peronismo ha vivenciado una identidad entre él y el Estado, entre su partido y el gobierno, entre los intereses del movimiento y los intereses “nacionales”. Su doctrina, calificada por él mismo como “doctrina nacional” y asumida oficialmente entre 1946 y 1955, ha tendido a equipararse a un plan teórico y práctico para el Estado todo, al modo de las cosmovisiones o *weltanschauung* de los países de ideologías autocráticamente impuestas.

La comparación entre el primer peronismo y el segundo permite también anotar que en vida de Perón la conducción más rígida y autoritaria tuvo una cohesión que faltó después de su muerte, y que el primer peronismo fue un régimen de poder fuerte pendiente de la personalidad del líder, en tanto el segundo acusa desde su fallecimiento un debilitamiento progresivo.

El peronismo sin el líder sufrió un proceso similar al de la reforma protestante: le faltó la definición oficial infalible, y se pulverizó en la libre interpretación individual.

A ello se añade un desequilibrio entre el ala gremial y el flanco estrechamente político del movimiento, que importó un factor más de inestabilidad en el proceso interno de digresión partidaria.